

Antonio Colinas

Ibiza, 21 de noviembre de 1989

Sr.D. Miguel Delibes
Valladolid

Mi estimado amigo:

No sé por qué precisamente en estos momentos rompo tantos años de silencio hacia una persona y una obra que siempre he seguido y admirado profundamente. Acaso sea porque el último de sus libros me ha gustado extraordinariamente y sobre él he escrito esa página que ahora le envío y que espero sea de su agrado.

Aprovecho la ocasión para hacerle llegar dos de los libros que he publicado últimamente. Confío en que el libro de los árboles -desde su modesta apariencia- sea especialmente de su gusto. Fue un libro de encargo, pero yo le he acabado cogiendo un gran cariño. Es, en cierto sentido, una sutil evocación de mi infancia en las riberas del Órbigo

Reciba la amistad y un abrazo de

MD

Colinas
Antonio Colinas

La otra realidad



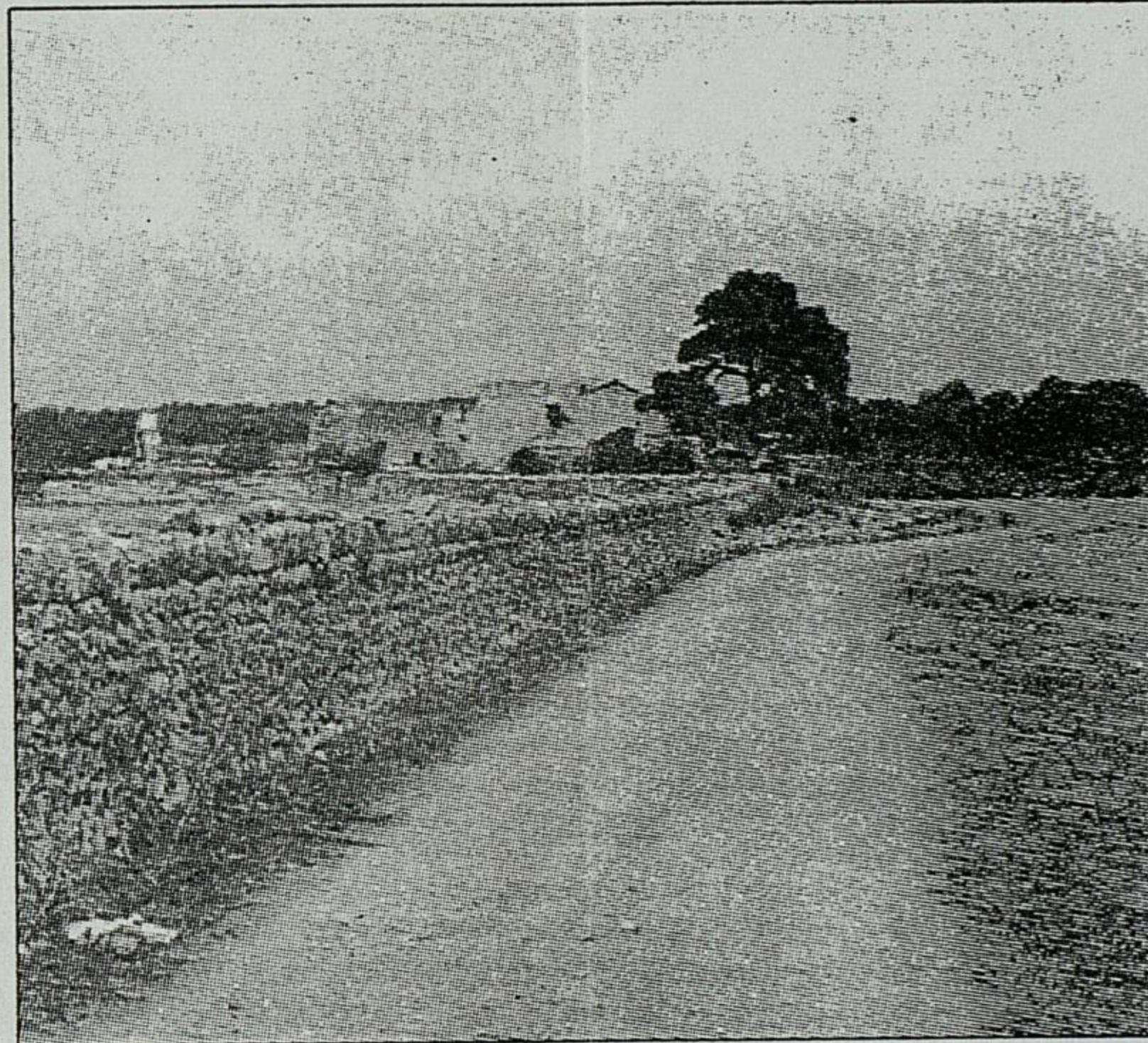
La dignidad del caminante

Gracias a una invitación que me había proporcionado Vicente Aleixandre tuve ocasión de asistir, allá por los años 70, al discurso de ingreso de Miguel Delibes en la Real Academia Española. Delibes, pensando probablemente en que aquel era un foro excelente para tratar temas de actualidad, leyó un discurso muy humano y previsor sobre los males que aquejaban a la naturaleza. No se fue, pues, por las ramas de la literatura o por el bosque de la propia obra. Se centró en el que habría de ser uno de los temas centrales de nuestro tiempo: la progresiva y grave destrucción del medio ambiente.

Este tema no era nuevo para Delibes. Me refiero a que toda su obra está traspasada por un respeto y por un amor hacia la naturaleza que constituyen uno de los grandes logros de sus libros. Sí era nuevo aquel tema para la mayoría de los oyentes. En este sentido, bien podemos decir que Delibes ha estado en la vanguardia de esa defensa de la naturaleza de la que hoy ya se hace eco toda la sociedad. O, al menos, aquellas personas que viven conscientes de habitar un planeta en peligro.

Cuando comienzo a escribir este artículo, hace muy pocas horas que acabo de leer el último de sus libros, *Mi vida al aire libre*. Su mensaje se funde armoniosamente con aquella temprana preocupación que latía en su discurso. Pero es como si ahora, en esta obra, Delibes hubiera ganado en inocencia y olvido, como si el tono de denuncia de entonces se hubiese trocado en juvenil entusiasmo. En el nuevo libro, el estilo llano y sustancioso de este escritor se ocupa de una vida plena, de anécdotas entrañables y humanísimas, de escuetas y hondas descripciones paisajísticas. Como un friso, al fondo, la negra posguerra, la cotidianidad entrañable.

"La naturaleza es la vida y por eso es preciso conservarla y disfrutarla". Este pensamiento, extraído del último libro de Delibes, es muy consecuente con el modo de ser de quien escribe. Pero, sobre todo, lo que yo encuentro en estas páginas nuevas es una rotunda filosofía de la vida. El fin que persigue el protagonista-autor siempre es el mismo: el gozo de saberse vivir en plenitud y la lucha que ello comporta.



"El paseo como aprendizaje y extravío continuos..."

A esta meta conducirán medios tan plácidos como elementales: el paseo como aprendizaje y extravío continuos; la amiga bicicleta como expresión de un tesón que prolonga la juventud; el goce -no comparable con ningún otro- de ascender a las cimas de las montañas y comprender, desde allá arriba, que la naturaleza todavía puede más que los hombres que la amenazan; la caza como "rito solitario"; el sereno ejercicio de bañarse en los ríos castellano-leoneses, o el contemplarlos bajo un temblor de álamos.

Pero hay en este libro -para los tiempos que corren y, en particular, para los que somos padres- una lección muy profunda: la de transmitir ese fogoso entusiasmo por la vida y ese amor entrañable por la naturaleza a los propios hijos. De esta manera, *Mi vida al aire libre* es un

tratado de excelente (y práctica) pedagogía en una época en la que siempre escasea el tiempo, falta la comunicación entre los seres humanos y los artilugios y paraísos artificiales parecen devorar las fuerzas de los más jóvenes. Un modo de ser, éste último, que no es sólo el de nuestra sociedad, sino que tiende a hacerse norma en todos los países.

De la Castilla sencilla y serena, blanco de ataques y de una cierta demagogia en los últimos años, de la Castilla que quiere recuperar fuerzas para salir del abandono y de la emigración, ha hecho Miguel Delibes una escuela de sabio vivir. En la frescura y en la autenticidad de sus páginas se ve libre el solar castellano de tanto tópico al uso. Nada tienen que ver los palomares y los castillos ruinosos de Castilla con los ministerios de Madrid; nada un pueblo llano y sufrido con un pueblo opresor. Delibes también deshace el tópico de la desnudez paisajística escribiendo páginas imborrables sobre las amenas cuencas fluviales y los bosques de las tierras altas.

Y si el vacío se diera a su alrededor, el escritor sabe encontrar en él sus mejores frutos, campo para su sentir y su contemplar. El hombre funda el mundo allá donde pone su pie y su corazón. Puede atravesar un pinar muy verde y claro bajo la recortada luz otoñal, o un robledo o encinar en las zonas más montañosas. Acaso, el aire que reciba tenga un olor "a hielo y al humo distante de los carboneros del picón". Un hombre camina por ese paisaje con su dignidad y sus reflexiones como únicos tesoros.

Es, una vez más, la fidelidad a la propia tierra, pero vivida con conciencia de universalidad. La obra de Miguel Delibes está empañada por un humanismo solidario que busca en la naturaleza su consuelo y fusión. Sí, el paisaje puede ser desnudo, puede cruzarlo una cellisca que corta la respiración, pero aun así la conciencia de existir es llevada por el escritor hasta sus últimas consecuencias. Y las palabras sabrosas y antiguas son rescatadas por él con naturalidad magistral.

ANTONIO COLINAS

Apartado 546 - 078

Archievan